

«El 15,5% de las mujeres residentes en España de 16 y más años afirman haber sufrido violencia física, sexual o miedo de alguna pareja o expareja en algún momento de su vida».

Si sufres maltrato no te quedes callada. Toda la sociedad está de tu parte.

Noemí Trujillo

«Activismo y literatura caminan de la mano en *No me silencies, escúchame*, la última iniciativa de Playa de Ákaba que, en colaboración con la Federación de Asociaciones de Mujeres separadas y divorciadas, nos recuerda que la lucha no cesa mientras el compromiso siga vivo».

Elías López de la Nieta

«Ana María Pérez del Campo Noriega creó la primera asociación de Mujeres separadas de España en 1973 y ha luchado durante décadas por la igualdad legal de las mujeres y contra la violencia de género; hacerlo no fue tarea fácil, más bien una tarea titánica que parecía imposible. A Mujeres como ella le dedicamos este libro y a toda mujer que quiera hacerlo suyo».

Paz Martín Pozuelo

CON LA COLABORACIÓN ESPECIAL DE:

ISABEL ALAMAR — RUBÉN ALMARZA — JORGE DAVID ALONSO CURIEL — OLVIDO ANDÚJAR — IVÁN BAEZA — KANDU BANNA — GUADALUPE BOHORQUES — MARÍA CÁRMEN CALLADO PEÑA — ROSA CANTÓ PÉREZ — SARA CARRANZA TALAVANTE — MANUEL CASAL FERNÁNDEZ — AVELINA CHINCHILLA RODRÍGUEZ — ISABEL DIONIS TRENOR — IGNACIO J. DUFOUR GARCÍA — REBECA ELIZALDE BLASCO — CARMÉN AMELIA GALINDO AYUSO — MAITE GARCÍA CÓRDOBA — MARIVÍ GARCÍA GALLEGO — INMACULADA GARCÍA HARO — CÁRMEN GARCÍA RODRÍGUEZ ALONSO — LUISA GIL GÓMEZ-TARIVA — GRISEL GIUNTA SANTIMOTEO — ELENA GONZÁLEZ GARCÍA — ESTELA LUISA GRANDE CEPERO — MIGUEL HERNÁNDEZ GARCÍA — MARÍA HORTENSIA HERNÁNDEZ SÁNCHEZ — MARÍA JOSÉ JIMÉNEZ SALIDO — ÁNGEL LARA — ISABEL LASO MANUEL — ELÍAS LÓPEZ DE LA NIETA PÉREZ — PAZ MARTÍN POZUELO — AINHOA MARTÍNEZ RETENAGA — JESÚS DE MATÍAS BATALLA — JOSEFA MOLINA RODRÍGUEZ — MANUEL DAVID MOLINA SÁNCHEZ-HERAS — ROSA MONTOLÍO CATALÁN — CONCHA MORALES — INÉS MORENO MARTÍN-POZUELO — ENRIQUE ELOY DE NICOLÁS — ANTONIO NIETO-MÁRKQUEZ VENERO — ENCARNACIÓN ORTEGA MARTÍNEZ — TERESA OTEO — RAMONA PALOMARES ANDÚJAR — CONCHA PELAYO RAPADO — JOSEP PIELLA VILA — ROSARIO RAMOS SORIA — MARÍA ISABEL RODRÍGUEZ FUERTES — JOSÉ MANUEL RODRÍGUEZ GALLARDO — IVÁN SABAU TORRELO — ROSA SAN SEGUNDO — ENCARNACIÓN SÁNCHEZ ARENAS — ROSA SÁNCHEZ DE LA VEGA — LOURDES SÁNCHEZ MIGUEL-CAMPILLOS — JUAN MANUEL SÁNCHEZ MORENO — TERESA SÁNCHEZ SÁNCHEZ — EVA SANTATECLA DÍAZ — MARIO SANZ CRUZ — FERNANDO SARRÍA ABADÍA — JOSÉ FRANCISCO SASTRE GARCÍA — MARÍA TERESA SEGURA CAMPAYO — PAQUI SILVA G. DE LEÓN — MOISÉS STANCKOWICH IVERN — NOEMÍ TRUJILLO — OLIVE UWURUKUNDO — ASCENSIÓN VILLAR ESCUDEROS —

ISBN 000-00-00000-00-0



0 000000 000000

W.A.A.

No me silencies, escúchame



# No me silencies, escúchame

Antología de relato breve y poesía  
contra la violencia de género

Antólogos: Paz Martín Pozuelo, Elías López de la Nieta y Noemí Trujillo



Nº 7 — Breve  
**PLAYA DE ÁKABA**

ROSANA CANTÓ  
—Un rayo de esperanza—

Eran las ocho de la tarde bajo el ardiente sol de Madrid cuando me crucé con María. Habían pasado cuarenta años desde la última vez que nos habíamos visto, pero la reconocí al instante. Fuimos inseparables durante toda nuestra infancia y adolescencia. Muchas vivencias nos habían unido a lo largo de los años, pero una circunstancia nos separó: mi matrimonio con Peter, que me llevó a dejar España y mudarme a Londres. Sin embargo la vida da muchas vueltas y me encontraba de nuevo en mi país, lejos de mi pueblo natal, pero en mi país al fin y al cabo.

Cuando nos cruzamos no pude reprimir un grito de sorpresa y alegría, ni lanzarme a darle un abrazo histórico. Ella se quedó paralizada, sin saber cómo reaccionar. Parecía incrédula de lo que estaba pasando y apenas fue capaz de pronunciar unas palabras, casi en un susurro, en las que expresó una alegría contenida. Miraba más al suelo que a mi rostro. Estábamos junto a un Banco y poco después de nuestro encuentro apareció su marido, que estaba sacando dinero del cajero que había en su interior. A él también le reconocí, pero no me alegré tanto de volver a verle. Era el cacique del pueblo, o mejor dicho, el hijo del cacique. Un prepotente que no había ganado nada de lo que tenía, al menos así era cuando yo salía con él en la pubertad. No tenía ni idea de que hubieran acabado juntos.

María era una chica extrovertida, inteligente y brillante. Yo entonces era muy tímida e insegura. Quizá por eso me lié con él, por incapacidad de decir que no a ese personaje casi diez años mayor que nosotras. Por suerte apareció Peter por aquel pueblo perdido de España, con sus investigaciones lingüísticas y su fervor por la cultura popular, y me conquistó en un abrir y cerrar de ojos, alejándome de Ramón y de aquel entorno oscuro y profundo.

Pasaron ante mis ojos imágenes fugaces de aquella juventud, María brillando y yo a su sombra. Me protegía y me cuidaba con su inmenso corazón en cada actividad cotidiana. Todo lo hacíamos juntas: íbamos a la escuela, estudiábamos juntas para los exámenes, hacíamos los recados que nos mandaban nuestras madres y salíamos a divertirnos. Estar con ella era mi manera de relacionarme con el mundo sin miedos. Me daba seguridad y cariño, como la hermana que nunca tuve. Para mí fue muy difícil tener que elegir entre ella y Peter. Alejarme de ella me dolió físicamente e incluso llegué a pedirle que se viniera conmigo a empezar una nueva vida, pero la realidad fue más cruda que la ilusión y ella se quedó con su familia. No fue capaz de dejarles sin una razón clara. Debía cuidar de ellos en el futuro, no podía desaparecer así. Para mí era más fácil. En aquella época todo el mundo comprendía que una mujer lo abandonara todo por seguir a un hombre, pero dejarlo todo por buscar una vida mejor no era un motivo aceptable. El tiempo pasó y las cartas cada vez fueron más escuetas y formales, se acabaron las confidencias y la complicidad. Al cabo de poco tiempo nuestra amistad se enfrió y dejamos que la distancia física también se hiciera emocional.

Pero, ¿qué le había pasado en estos años? Su mirada era esquiva y su voz temblorosa. Incluso por unos instantes llegué

a dudar de que fuera ella, pero no podía ser, ella también me había reconocido. Intercambiamos algunas frases protocolarias en las que le conté que Peter había conseguido un puesto en la Embajada Británica hacía algunos meses y que por eso habíamos vuelto a España, pensando en retirarnos aquí. La humedad de Londres no le iba nada bien a mis huesos y aunque la ciudad seguía siendo fascinante, siempre había echado de menos esta tierra. Ella me contó que Ramón tenía un cargo de cierta importancia en un Ministerio y que por eso hacía algunos años que vivían en Madrid. Apenas fueron unos minutos de conversación, pero pude sentir la tensión que salía de sus ojos. Sin pensar mucho le di mi tarjeta:

—Llámame cuando quieras y nos tomamos un café para recodar los viejos tiempos. —Noté la mirada de Ramón clavada en mis ojos como si hubiera dicho algo inconveniente.

María esbozó una media sonrisa y guardó con rapidez mi tarjeta en el bolsillo de su falda, doblándola descuidadamente. Se despidieron con fría cordialidad y nos separamos. Y aquella separación me dolió, sin saber por qué, como la primera vez que nos dejamos de ver.

Durante días no paré de darle vueltas a la cabeza. «Debí haberle pedido yo su teléfono a ella para poder localizarla», me decía a mí misma una y otra vez. A veces me faltaba el aire y me daban ataques de angustia, que no sabía por qué me sucedían. No lograba concentrarme en mi trabajo.

El día que me llamó pude sentir en su voz un grito ahogado de socorro. La cité en mi casa. Cuando abrí la puerta, su mirada vidriosa tenía algo diferente a la que vi en nuestro fugaz encuentro, algo que parecía un rayo de esperanza.